

JUEVES CARNAL

El periódico grancanario de ayer me había alertado con un título desconcertante. «Jueves carnal». Yo estaba en el barrio moderno de los grandes hoteles, las playas y las diversiones, es decir, en un contexto de películas «sexy», de bronceadas desnudeces, y clubs y todo eso. Luego resultó que lo que se anunciaba era una procesión. No esa manera de echarse a la calle con un santo a cuestas, más folklore que liturgia, sino la procesión por excelencia, la que no se conforma con imágenes -es decir, con representaciones- y levanta sobre el pavés florido de las calles al mismo Dios.

Hubo que madrugar, es verdad. Pero no nos lo apuntemos de penitencia en un clima como éste. Hay quien desconfía de cualquier lugar en que la monotonía reine, por más que sea la monotonía de lo bueno, el paraíso, y así cuando al hombre se le promete una bienaventuranza amueblada ingenuamente de poltronas para la contemplación y el éxtasis, el hombre piensa si no acabará aburriéndose un poco. De igual manera uno, que se duele cada vez más de los rigores del frío, barrunta que a lo mejor es dura la prueba de vivir siempre en la primavera del edén. Pero, de todos modos, ¡cómo no gozar de este presente! Hoy es abril, la mañana recién nacida, el más ligero abrigo sería escándalo en la ciudad de Las Palmas, dice la radio que en campos de Castilla está cayendo la nieve...

Campanas no se oyen, pero yo me siento llamado. Comprendí que «aquello» tendría que ser buscado en un lugar diferente. El conserje del hotel se sorprendió con mi pregunta. «Quizás aproximándose a la catedral...».

Era, exactamente, en la iglesia de San Agustín. Dicen que Las Palmas se levanta, como Roma, sobre siete colinas. Lo que aparece evidente en Las Palmas es su trazado de larga y adelgazada cenefa al borde mismo del azulado manto inmenso. Debe de ser esta disposición lo que explica la escasísima, por no decir nula ósmosis entre el ritmo trepidante de una punta y el sereno recogimiento de la otra. Raramente se encuentra, dentro de una misma población, tan radical separación entre dos estilos de vida. Todos conocemos ciudades que hoy medran gracias a su carácter de «vivideros», pero conservando zonas del aire más autóctono. Y a estas zonas, por recoletas que se mantengan, llega de vez en cuando la presencia del elemento extraño, como por

curiosidad o por equivocación. En Las Palmas, no. Falta esa estructura nuclear que favorece los intercambios. Son nueve kilómetros de extremo a extremo. Pero a mí se me antojaba que la distancia, al menos en esta mañana insólita, había que medirla en años -bastantes años-, o en lo que va de un continente a otro.

San Agustín está en una placita fina, delicada, y es iglesia medianera con el Palacio de Justicia, edificio en piedra abierta a una logia de suaves arcos. A San Agustín iban acudiendo los comprometidos con el acontecimiento. Ya la hora estaba pasada, y por delgadas calles seguían afluyendo músicos sosegados. Los maceros del Cabildo Insular, arropados en sus dalmáticas, fumaban largos puros tempraneros. Se advertía que todo iba creciendo hacia su culminación, sin pausa, pero sin ninguna prisa. Llegó un bando de niñas en edad ingrata. «¿Son oblatas?», pregunté a una monja. «No, señor», y pareció que me amonestaba: «Servidoras somos del colegio de arriba». Yo había preguntado por culpa de O'Shanahan. Alfonso O'Shanahan es un poeta de aquí que ayer me prestara sus versos:

«Ibais alegres sonando vuestras guitarras
y timplas, todas de uniforme
azul a rayas blancas y zapatos
baratos, oh niñas decentes...»

Cuando salió el Señor, la banda estaba completa para tocar el himno. Mejor pongamos -aquí- la marcha real. La gente, arrodillada de verdad sobre las losas; no la mención, no inclinada. Echamos a andar camino del hospital, que tal era el destino del gran viático, anunciado el cortejo por un repique de campanillas pequeñas. Y era un inusitado sumergirse en otro país y en otra edad. Sí, ya sé que en plazas y callejas de Aquisgrán puede una sensibilidad afinada oír pisadas de Carlomagno, y en las rúas compostelanas el paso de los peregrinos, como llenarse de evocaciones en Edimburgo o en Verona. Pero siempre con el inevitable anacronismo de un turista y su cámara, por disimulada que sea, y el riesgo de que se levante la irreverencia de un claxon, el olor desencantador de la gasolina.

Los bajos de las casas estaban tapizados por un friso de palmas. Pero de pronto dejó de interesarme la calle y cuanto viviera a su nivel, por lo mismo que nada me haría mirar al cielo. Advertí que mi curiosidad, mi interés, no sé si decir mi amor, encontraban su línea exacta de flotación a la altura de los balcones y miradores, ninguno exento de mujeres. Desde aquellos palcos discretísimos, antepechados por mil horas de pacientes bordaduras, caía sobre el palio un jardín desmenuzado y tierno.

Las ancianas señoras tomaban los pétalos de bandejas de plata. Las mucamas, con su uniforme, de limpias y hermosas, más hermosas aún con el beneficio de entre la luz y el misterio. Estas volcaban el homenaje desde las propias manos blancas y desnudas.

¿Dónde habían quedado el cigarrillo, el gesto desenvuelto, la minifalda? ¿Cómo son, qué piensan estas grancanarias enigmáticas del barrio de la Vegueta, apenas entrevistas en la mañana eucarística de abril? Todo eran secretas preguntas en el andar lentísimo. ¿Y qué harán cuando la procesión haya pasado y ellas vuelvan a sus estancias, a la sombra virreinal y perfumada que a mí me huele hoy a Méjico, a Lima, a Niña Chole, a siglo dieciocho?

Cuando entré al hotel, más que mediada la mañana, me pareció que venía de muy lejos. Ahora ya no sé si todo era tan puro y extremado y exótico, o si fue culpa de cualquier airecillo pasajero y esteticista. Uno es casi paisano de Valle-Inclán.

Antonio PEREIRA